

—He aquí, querido hijo, le dijo, las prescripciones de un gran médico de las almas. Cuando las cosas de la vida ordinaria no nos dan la dicha que esperamos de ellas, es preciso buscarla en la vida superior, y he aquí la llave de un nuevo mundo. Lea usted, tarde y mañana, un capítulo de este libro; pero léalo prestándole toda su atención y estudiando sus palabras como si se tratase de una lengua extranjera... Al cabo de un mes será usted otro hombre. Hace ya veinte años que yo leo todos los días un capítulo, y mis tres amigos, don Nicolás, don José y el señor Alain, no dejan tampoco de hacerlo; imítelos usted por amor á Dios y por amor á mí, dijo la anciana con una serenidad divina y con una augusta confianza.

Godofredo volvió el libro y leyó en la portada en letras de oro: IMITACIÓN DE JESUCRISTO. La sencillez de aquella anciana, su candor juvenil y su seguridad de que hacía una obra benéfica, confundieron al expectrimetre. La señora de la Chanterie estaba en la actitud y arrobamiento propios de la mujer que entregase cien mil francos á un comerciante que estuviere á punto de hacer quiebra.

—Me he servido de él veinte años. ¡Ojalá que ese libro sea contagioso! Vaya usted á comprarme otro, pues ya ha llegado la hora en que tienen que venir personas que no deben ser vistas.

Godofredo saludó á la señora de la Chanterie y subió á su cuarto, arrojando allí el libro sobre una mesa, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Bah! ¡pobre mujer!

El libro, como todos los libros leídos con frecuencia, se abrió solo por una página. Godofredo se sentó como para poner sus ideas en orden, pues había experimentado más emociones durante aquella mañana que durante los meses más agitados de su vida, y su curiosidad, sobre todo, nunca había sido tan vivamente excitada. Dejando ir distraidamente y al azar sus ojos, como ocurre á la gente cuya alma

está sumida en profundas meditaciones, recorrió maquinalmente las dos páginas del libro abierto, y leyó á pesar suyo este título:

## CAPÍTULO XII

### *Del camino real de la Santa Cruz*

Y tomó el libro. Y esta frase de este hermoso capítulo atrajo sus miradas cual si fuese foco de luz.

«Marchó delante de nosotros cargado con su cruz, »y murió por vosotros, á fin de que lleváseis vuestra »cruz y de que deseáseis morir en ella.

«Id adonde queráis, haced tantas investigaciones »como os agrade; no encontraréis vías más elevadas »ni más seguras que el camino de la santa cruz.

«Disponed y arreglad todas las cosas según vuestros deseos y vuestras miras, que no encontraréis »nunca en ellas más que una obligación de sufrir »siempre algunas penas, queráis ó no queráis, y, por »lo tanto, encontraréis siempre la cruz, toda vez que »sentiréis dolores en el cuerpo, ó sufriréis grandes »penas de alma.

«Tan pronto como os veáis abandonado de Dios, »los hombres os impondrán duros trabajos. Aun más, »vosotros seréis una carga para vosotros mismos, sin »que podáis veros libre de ella por ningún medio, ni »aliviado con ningún consuelo; y hasta que Dios se »digne libertaros de ella os veréis obligado á sufrirla, »pues Dios quiere que aprendáis á sufrir sin consue- »los, á fin de que os sometáis á él sin reserva y de »que paséis á ser humilde por medio de las tribula- »ciones.»

—¡Qué libro! se dijo hojeando este capítulo.  
Y llegó á estas palabras:

«Y cuando hayáis llegado á encontrar las aflicto-

29708

»nes gratas y sintáis verdadero amor por Jesucristo, »consideráos felices, pues habréis encontrado el paraíso en este mundo.»

Importunado por esta sencillez, carácter de la fuerza, y furioso al verse vencido por aquel libro, lo cerró; pero encontró este consejo grabado en letras de oro en el taflete verde de la cubierta:

¡NO BUSQUÉIS MÁS QUE LO QUE ES ETERNO!

—Y ¿lo han encontrado aquí? se preguntó.

Pensando en que la señora de la Chanterie tenía que leer un capítulo aquella misma noche, dejó su habitación para ir á buscar un hermoso ejemplar de la IMITACIÓN DE JESUCRISTO, bajó las escaleras y llegó á la calle. Permaneció algunos instantes á dos pasos de la puerta, indeciso sobre el camino que iba á tomar, preguntándose á qué sitio ó á qué librería iría á comprar el libro, cuando oyó el torpe ruido de la maciza puerta cochera que se cerraba.

Dos hombres salían de la posada de la Chanterie, pues el que se haya fijado bien en el carácter de esta antigua casa habrá reconocido en ella el que distingue á las antiguas posadas. Manón, al ir avisar á Godofredo por la mañana, le había preguntado, indudablemente en broma, cómo había pasado la noche en la posada de la Chanterie. Sin ninguna idea de espionaje, Godofredo siguió á los dos hombres, que lo tomaron por un transeunte, y que en aquellas calles desiertas hablaron en voz bastante alta para que él pudiese oír su conversación.

Los dos desconocidos tomaban por la calle de Masillón, para ir á Notre-Dame y atravesar el Parvis.

—Ya ves, amigo mío, que no es tan difícil sacarles el dinero... Todo está en darles siempre la razón.

—Pero nosotros estamos debiendo.

—¿A quién?

—A esa señora.

—Si yo supiera que ese viejo esqueleto de mujer se atrevía á perseguirme, le...

—Le... pagarías.

—Tienes razón, porque pagándole, podré sacarle después más de lo que le saco hoy.

—¿No sería mejor seguir sus consejos y llegar á tener un buen establecimiento?

—¡Bah!

—Puesto que nos promete quien nos preste el dinero...

—Sí, pero sería preciso dejar la vida...

—La vida me aburre; estar siempre en las viñas no es vida de hombre.

—Sí, pero el abate no quiso dejar el otro día al tío Marin, y se lo negó todo.

—¡Ah! el tío Marin quería hacer trampas que sólo pueden salir bien á los millonarios.

En este momento estos dos hombres, cuyo traje parecía indicar que eran capataces de algún taller, volvieron bruscamente sobre sus pasos para trasladarse al barrio de la plaza Maubert por el puente del Hotel-Dieu; Godofredo se separó; pero al verse seguidos de tan cerca por él, ambos cambiaron una mirada de desconfianza y su rostro expresó el pesar que sentían por haber hablado.

Godofredo estaba tanto más interesado en aquella conversación, por cuanto que recordaba la escena del abate Veze y del obrero el día de su primera visita.

Meditando sobre aquella cuestión llegó hasta la tienda de un librero de la calle de Saint-Jacques, y volvió con un magnífico ejemplar de la mejor edición que se ha hecho en Francia de la IMITACIÓN DE JESUCRISTO. Al volver con paso lento para encontrarse á la hora exacta de la comida, recordaba las sensaciones que había experimentado aquella mañana y sentía una especie de tranquilidad de alma. Era presa de una profunda curiosidad; pero esta curiosidad era menos

intensa que el deseo inexplicable que le inclinaba hacia la señora de la Chanterie, sintiendo un violento afán por adherirse á ella, sacrificarse por ella, agradecerle y merecer sus elogios; en una palabra, que estaba atacado de amor platónico, presentía inauditas grandezas en aquella alma y quería conocerla por completo. Estaba impaciente por penetrar la existencia secreta de aquellos católicos puros. En fin, en aquella pequeña reunión de fieles, la majestad de la religión practicada se acordaba tan bien con lo que la mujer francesa tiene de majestuosa, que resolvió hacer todos los posibles para agregarse á ella. Estos sentimientos hubiesen desaparecido bien pronto del corazón de un parisiense ocupado; pero, como sabemos ya, Godofredo estaba en la situación de los naufragos que se agarran á las más débiles ramas creyéndolas sólidas, y su alma estaba abonada y dispuesta á recibir toda simiente.

Encontró á los cuatro amigos en el salón, y entregó el libro á la señora de la Chanterie, diciéndole:

—No he querido que estuviese usted privada de él esta noche.

—Quiera Dios, respondió la dama mirando el volumen, que sea este su último exceso de elegancia.

Al ver las ropas de aquellas cuatro personas reducidas á una estricta limpieza y á lo exclusivamente útil, al ver aquel sistema aplicado rigurosamente á los menores detalles de la casa, Godofredo comprendió el valor de aquel reproche tan graciosamente expresado.

—Señora, dijo al fin, las gentes á quienes usted ha favorecido son unos monstruos; sin quererlo he oído la conversación que mantenían al salir de aquí, y créame que reinaba en ella la más negra ingratitud.

—Eran los dos cerrajeros de la calle Monffetard, dijo la señora de la Chanterie á don Nicolás. Eso es cosa de usted.

—Muchas veces el juez logra escaparse antes de ser cogido, respondió sonriéndose el señor Alain.

La perfecta insensibilidad de la señora de la Chanterie al saber la ingratitud inmediata de aquellos hombres á quienes sin duda había dado dinero, sorprendió á Godofredo, que se puso pensativo.

La comida fué animada por el señor Alain y por el antiguo consejero, pero el militar permaneció grave, triste y frío; llevaba en su rostro la imborrable huella de un pesar amargo, de un dolor eterno. La señora de la Chanterie tenía atenciones iguales para todos. Godofredo comprendió que le observaba aquella gente, cuya prudencia igualaba á su piedad; su vanidad le obligó á imitar su reserva y midió mucho sus palabras.

Este primer día debía ser mucho más animado que los siguientes. Godofredo, que se vió fuera de todas las conferencias serias, estuvo obligado, durante algunas horas de la mañana y de la tarde, en que estaba solo en su habitación, á abrir la *IMITACIÓN DE JESUCRISTO*, acabando por estudiar este libro como se estudia un libro cuando no se posee más que uno y cuando se le ha tomado el gusto. Ocurre entonces con el libro como con una mujer cuando se está con ella en la soledad: del mismo modo que es preciso adorar ú odiar á la mujer, así también es necesario penetrarse del espíritu del autor, ó abandonar la obra sin haber leído diez líneas.

Pero es imposible que deje de interesar á nadie la *Imitación*, que es al dogma lo que la acción al pensamiento. El catolicismo vibra en ella, se mueve, se agita y lucha cuerpo á cuerpo con la vida humana. Este libro es un amigo seguro. Habla á todas las pasiones y á todas las dificultades, hasta á las mundanas; resuelve todas las objeciones y es más elocuente que todos los predicadores, porque su voz es la vuestra, se eleva en vuestro corazón y penetra por el alma. Es, en una palabra, el Evangelio traducido,

apropiado á todos los tiempos y superpuesto á todas las situaciones. Es raro que la Iglesia no haya canonizado á Gersón, pues es evidente que el Espíritu Santo animaba su pluma.

Para Godofredo, además del libro, la posada de la Chanterie encerraba una mujer; se enamoraba cada día más de ella; descubría en ella flores sumergidas bajo la nieve de los inviernos; entreveía las delicias de aquella amistad santa que la religión permite, á la que los ángeles sonríen, que unía á aquellas cinco personas, y contra la cual nada malo puede prevalecer. Existe un sentimiento superior á todos los demás, un amor de alma á alma que se parece á esas flores raras nacidas en los más elevados picos de la tierra, del que sólo ofrece ejemplos la humanidad de siglo en siglo, que une á veces á dos amantes, y que da razón de esas fieles adhesiones inexplicables por las leyes ordinarias del mundo. Se unen y confunden de tal modo con él las naturalezas morales, que no existen en ese cariño ni esperanzas perdidas, ni discordias, ni vanidad, ni luchas, y ni siquiera contrastes. Este sentimiento inmenso, infinito, nace de la caridad católica, y Godofredo entreveía sus delicias. Había momentos en que no podía dar fe al espectáculo que tenía ante sus ojos, y buscaba las razones de la amistad sublime de aquellas cinco personas, asombrado de encontrar verdaderos católicos, cristianos de los primeros tiempos de la Iglesia en el París de 1835.

Ocho días después de su entrada en aquella casa, Godofredo había sido testigo de tal concurso de gentes, había sorprendido fragmentos de conversación en que se trataba de cosas tan graves, que entrevió una prodigiosa actividad en la vida de aquellas cinco personas. Se aperció de que todas ellas dormían seis horas á lo sumo.

Cuando llegaba el segundo almuerzo, todos ellos habían hecho ya, por decirlo así, una primera jornada. Gentes desconocidas traían y llevaban sumas,

á veces importantes. El muchacho que estaba de ayudante de caja en casa de Mongenod iba muchas veces, siempre muy temprano, á fin de que el servicio que tenía que prestar durante el día no fuese interrumpido con estos recados.

El señor Mongenod mismo fué una noche, y Godofredo observó en él, para con el señor Alain, indicios de una familiaridad filial y de un profundo respeto que le demostraba tanto á él como á los otros huéspedes.

Aquella noche, el banquero no hizo á Godofredo más que preguntas sin importancia: Si se encontraba bien allí, si pensaba permanecer, etc., aconsejándole que persistiese en su resolución.

—No me falta más que una cosa para ser feliz, dijo Godofredo.

—Y ¿qué es ello? preguntó el banquero.

—Una ocupación.

—¡Una ocupación! repuso el abate Veze. ¿Ha cambiado usted de opinión? había venido usted á nuestro claustro á buscar reposo...

—El reposo, sin la oración que vivificaba los monasterios, sin la meditación que poblaba las tebaidas, se convierte en una enfermedad, dijo sentenciosamente don José.

—Aprenda usted la teneduría de libros, dijo sonriéndose el señor Mongenod, y dentro de algunos meses podrá usted ser muy útil á mis amigos.

—¡Oh! con mucho gusto, exclamó Godofredo.

Al día siguiente era domingo y la señora de la Chanterie exigió á su huésped que le diese el brazo para ir á misa mayor.

—Es la única cosa en que pienso violentarle á usted, le dijo la señora de la Chanterie. Muchas veces, durante esta semana, he querido hablarle á usted de su salvación; pero me parece que aun no ha llegado el momento. Si participase usted de nuestras creencias estaría muy ocupado, porque participaría también de nuestros trabajos.

En la misa, Godofredo observó el fervor de don Nicolás, de don José y del señor Alain; pero como había podido convencerse ya, durante aquellos pocos días, de la superioridad, de la perspicacia, de la extensión de los conocimientos y del gran talento de aquellos señores, pensó que, cuando se humillaban de aquel modo, la religión católica debía tener secretos que habían pasado desapercibidos para él hasta entonces.

—Después de todo, se dijo, es la religión de los Bossuet, de los Pascales, de los Racines, de los San Luis, de los Luis XIV, de los Rafaeles, de los Miguel Angel, de los Jimenez; de los Bayardos, de los Du Guesclin, y yo, raquíto y torpe, no sabría igualarme á esas inteligencias, á esos hombres de Estado, á esos poetas, á esos capitanes.

Si no debiese resultar una profunda enseñanza de estos insignificantes detalles, no merecería la pena ocuparse de ellos; pero son indispensables para el interés de esta historia, en la que el público actual creará ya difícilmente, y que empieza con un hecho casi ridículo: el imperio que tomaba una mujer de sesenta años sobre un hombre joven desengañado de todo.

—No ha rezado usted por nadie, ni siquiera por el descanso del alma de su madre, dijo la señora de la Chanterie á Godofredo en la puerta de Notre-Dame.

Godofredo se puso encarnado y guardó silencio.

—Hágame usted el favor, le dijo después, de subir á su habitación y de no bajar hasta dentro de una hora. Si me ama usted, añadió, medite sobre el primer capítulo del tercer libro de la *IMITACIÓN*, titulado: *De la Conservación interior*.

Godofredo saludó con frialdad y subió á su habitación.

—¡Que el demonio los lleve á todos! se dijo entre-gándose á una seria cólera. ¿Qué diablo quieren de mí aquí? ¿Qué tráfico es este?... ¡Bah! todas las mu-

jer, hasta las devotas, usan de las mismas mañas; y cuando la señora, dijo llamando á su patrona por el nombre que le daban todos, no quiere que yo esté presente, es porque algo se trama contra mí.

Llevado de este pensamiento quiso mirar desde su ventana al salón, pero la disposición de los lugares no le permitió ver nada. Bajó un piso y volvió á subir en seguida á su habitación, pues pensó que, dada la rigidez de los principios de los habitantes de aquella casa, un acto de espionaje contribuiría á que lo despidiesen inmediatamente. Perder la estimación de aquellas cinco personas, le pareció tan grave como deshonorarse públicamente. Esperó unos tres cuartos de hora y resolvió sorprender á la señora de la Chanterie anticipando la hora indicada. Resolvió justificarse por medio de una mentira, diciendo que su reloj andaba mal y adelantándolo veinte minutos. Después bajó sin hacer ruido, llegó hasta la puerta del salón y la abrió bruscamente.

Vió entonces á un hombre bastante célebre, joven aun, á un poeta á quien había encontrado muchas veces en sociedad, á Víctor de Vernisset, con una rodilla en tierra, delante de la señora de la Chanterie y besándole la falda. El cielo cayendo en mil pedazos, cual si fuese de cristal, como creían los antiguos, no hubiese sorprendido tanto á Godofredo como aquel espectáculo. Acudieron á su mente los más terribles pensamientos, y tuvo una reacción más terrible aun cuando, al primer sarcasmo que se le ocurrió y que iba á pronunciar, vió en un rincón del salón al señor Alain contando billetes de mil francos.

En un momento, Vernisset se levantó y el buen Alain quedó sobrecogido. La señora de la Chanterie dirigió á Godofredo una mirada que le petrificó, pues la doble expresión del rostro de su huésped no se le había escapado.

—Este caballero, dijo la dama al joven poeta señalando á Godofredo, es de los nuestros.

—Querido mío, es usted muy feliz y puede considerarse salvado, le dijo Vernisset. Pero señora, aun cuando me hubiera visto todo París, no por eso dejaría de considerarme feliz, pues nada es bastante para pagarle á usted lo que le debo... Soy un deudor suyo para siempre y pertenezco á usted en cuerpo y alma. Mándeme usted cuanto quiera, que estoy dispuesto á obedecer. Mi reconocimiento será eterno y sin límites. Le debo á usted la vida y puede usted disponer siempre de ella...

—Vamos joven, dijo el buen Alain, sea usted juicioso, y sobre todo procure no atacar á la religión en sus obras. En fin, ¡acuérdesse usted de su deuda!

Y le tendió un paquete que contenía los billetes de banco que acababa de contar. Victor de Vernisset, con los ojos arrasados de lágrimas besó respetuosamente la mano de la señora de la Chanterie, y partió después de haber dado un apretón de manos al señor Alain y á Godofredo.

—Ha cometido usted una falta capital no obedeciendo á la señora, dijo solemnemente el señor Alain, cuyo rostro se cubrió de una nube de tristeza como hasta entonces no le había visto Godofredo. Otra más, y será bastante para que nos separemos... Sería muy duro para nosotros, después de haber creído á usted digno de nuestra confianza...

—Mi querido Alain, dijo la señora de la Chanterie, tenga usted por mí la bondad de no hablar más de esa falta. Es preciso no pedir demasiado á un recién llegado que no ha sufrido grandes desgracias, que no tiene religión, cuya vocación consiste en una excesiva curiosidad, y que no cree aún en nosotros.

—Perdóneme usted, señora, respondió Godofredo; desde este momento quiero ser digno de ustedes y me someto á todas las pruebas que juzguen necesarias para iniciarme en el secreto de sus ocupaciones, y si el señor abate Veze quiere tomarse el trabajo de instruirme, yo le entregaré mi alma y mi razón.

Estas palabras pusieron tan contenta á la señora de la Chanterie, que sus mejillas se cubrieron de un ligero carmín; después cogió la mano de Godofredo, se la estrechó y le dijo con una extraña emoción:

—Está bien.

Por la noche, después de la comida, Godofredo vió llegar á un vicario general de la diócesis de París, dos canónigos, dos antiguos alcaldes de París y una dama de la caridad. No se jugó á nada, y la conversación general fué alegre sin ser fútil.

Una visita que sorprendió mucho á Godofredo fué la de la condesa de Cinq-Cygne, una de las más puras aristócratas, cuyo salón era inabordable para la burguesía y para los advenedizos. La presencia de aquella gran dama en el salón de la señora de la Chanterie era ya extraordinaria; pero la manera que aquellas mujeres tuvieron de saludarse y de tratarse fué cosa inexplicable para Godofredo, pues demostraba una intimidad y relaciones constantes que daban un inmenso valor á la señora de la Chanterie. La señora de Cinq-Cygne estuvo amable y afectuosa con los cuatro amigos de su amiga, tratando con cierto respeto á don Nicolás. Se ve que la vanidad social dominaba aún á Godofredo, el cual, aunque hasta entonces había estado bastante indeciso, resolvió prestarse, con ó sin convicción, á todo lo que la señora de la Chanterie y sus amigos exigiesen de él para llegar á hacer que le afiliasen en su orden ó que le iniciasen en sus secretos, prometiéndose no tomar hasta entonces partido alguno.

Al día siguiente fué á casa del tenedor de libros que le indicó la señora de la Chanterie, convino con él las horas en que trabajarían juntos, y tuvo así empleadas todas las horas del día, pues el abate Veze le catequizaba por la mañana, iba dos horas diarias á casa del tenedor de libros, y hacía entre el almuerzo y la comida los problemas y escrituras comerciales e imaginarios que el maestro le hacía llevar.

Pasaron algunos días de este modo, durante los cuales Godofredo sintió el encanto de una vida cuyas horas estaban todas empleadas. La práctica de trabajos conocidos á determinados momentos y su regularidad, da la razón de muchas existencias felices y prueban lo mucho y muy profundamente que los fundadores de órdenes religiosas habían meditado sobre la naturaleza del hombre. Godofredo, que se había prometido dar oídos al abate Veze, sentía ya temores sobre su vida futura y empezaba á ver que ignoraba la gravedad de las cuestiones religiosas. En fin, de día en día, la señora de la Chanterie, al lado de la cual permanecía una hora después del segundo almuerzo, le dejaba descubrir nuevos tesoros en ella, hasta el punto que nunca se hubiese imaginado una bondad tan completa ni tan extensa. Una mujer de la edad que la señora de la Chanterie parecía tener, no tiene ninguno de los pequeños fastidios de una joven; es un amigo que os ofrece todas las delicadezas femeninas, que despliega todas las gracias y cuidados que la naturaleza inspira á la mujer para el hombre, y que no las vende; es execrable ó perfecta, pues todas sus pretensiones están muertas ó subsisten bajo la epidermis. La señora de la Chanterie era perfecta, parecía que no había sido nunca joven y no hablaba nunca del pasado. Lejos de desaparecer la curiosidad de Godofredo, su deseo de conocer la vida anterior de aquella mujer que él juzgaba santa, aumentaba con el conocimiento cada vez más íntimo de su sublime carácter y con los nuevos descubrimientos que hacía á cada momento. ¿Había amado alguna vez? ¿había sido casada? ¿había sido madre? Nada en ella dejaba ver á la solterona: desplegaba todas las gracias de una mujer bien nacida, y se adivinaba en su robusta salud y en los fenómenos extraordinarios de su conversación una vida celestial, una especie de ignorancia de la vida real. A excepción del alegre Alain, todos aquellos seres habían sufrido; pero el mismo don Ni-

colás parecía dar la palma del martirio á la señora de la Chanterie, y, no obstante, el recuerdo de las desgracias de ésta estaba tan bien contenido con la resignación católica y con sus secretas ocupaciones, que parecía que había sido siempre feliz.

—Usted es la vida de sus amigos, le dijo un día Godofredo, usted es el lazo que los une, usted es, por decirlo así, la mujer que dirige una gran obra, y como nosotros somos mortales, me pregunto muchas veces qué sería de la asociación sin usted.

—Eso es lo que les asusta; pero la Providencia, que nos proporcionó nuestro tenedor de libros, sabrá también precaver esos males. Por otra parte, yo buscaré.

—Y ¿estará pronto al servicio de la casa el nuevo tenedor de libros? preguntó Godofredo riéndose.

—Eso depende de él, contestó la anciana. Que sea sinceramente religioso, que sea piadoso, que no tenga la más pequeña huella de amor propio, que no se preocupe por las riquezas de nuestra casa, que piense en sobreponerse á las pequeñeces sociales sirviéndose de las dos alas que Dios nos ha dado...

—¿Qué?

—La sencillez y la pureza, respondió la señora de la Chanterie. Su ignorancia me demuestra á las claras que abandona usted nuestro libro, añadió riéndose del inocente medio de que echó mano para saber si Godofredo leía la *Imitación de Jesucristo*. En fin, penétrese usted de la epístola de San Pablo sobre la caridad. No será usted el que será nuestro, dijo ella con una expresión sublime, seremos nosotros los que seremos de usted; podrá usted contar riquezas más inmensas que las que poseyó nunca soberano alguno en la tierra; gozará de ellas como nosotros gozamos, y permítame usted decirle que, si se acuerda de las *Mil y una noches*, los tesoros de Aladino no son nada comparados con los que nosotros poseemos... Hace un año que no sabíamos cómo arreglarnos, pues no

nos bastábamos, necesitábamos un tenedor de libros.

Mientras hablaba así estudiaba el rostro de Godofredo, que no sabía qué pensar de aquella extraña confidencia; pero como recordaba la escena ocurrida en casa de Mongenod, permanecía aún entre la duda y la creencia.

—¡Ah! qué feliz sería usted, añadió la dama.

Godofredo quedó de tal modo devorado por la curiosidad, que desde aquel momento resolvió atacar la discreción de los cuatro amigos interrogándolos. Pero de todos los comensales de la señora de la Chanterie, el que más afecto mostraba á Godofredo y el que parecía también inspirar más simpatías á todo el mundo era el bueno, el alegre y el sencillo señor Alain. ¿Por qué vías había conducido la Providencia á aquel sér tan cándido á aquel monasterio sin claustro, cuyos religiosos obraban bajo el imperio de una regla observada, en medio de París, con toda libertad, como si hubiesen tenido el superior más severo? ¿Qué drama, qué acontecimiento le había movido á abandonar su camino en el mundo, para tomar aquel sendero enemigo de las desdichas de una capital?

Una noche, Godofredo quiso hacer una visita á su vecino, con intención de satisfacer una curiosidad más aguijoneada por la imposibilidad de toda catástrofe en aquella existencia, de lo que lo hubiese estado por la espera del relato de algún terrible episodio de la vida de un corsario. A las palabras "Entre usted", pronunciadas como respuesta á dos golpecitos dados discretamente, Godofredo dió vuelta á la llave, que permanecía siempre en la cerradura, y encontró al señor Alain sentado en un rincón al fuego, leyendo, antes de acostarse, un capítulo de la *Imitación de Jesucristo*, á la luz de dos bujías provistas de sendas pantallas verdes y semejantes á las que acostumbran á usar los jugadores de tresillo.

El buen hombre llevaba un pantalón largo, su bata de cura de moletón gris, y tenía sus pies á la altura

del fuego, sobre un cojín de tela de punto hecho, lo mismo que sus zapatillas, por la señora de la Chanterie. Aquella hermosa cabeza de anciano, sin más adorno que una corona de cabellos blancos, casi semejante á la de un anciano monje, se destacaba sobre el fondo obscuro de la cubierta del inmenso sofá.

El señor Alain colocó con calma sobre una mesita su libro muy usado, y señaló con la otra mano al joven el otro sofá, quitándose los lentes sujetos á la punta de su nariz.

—¿Le ocurre á usted algo para salir á estas horas de su habitación? preguntó á Godofredo.

—Querido señor Alain, respondió francamente Godofredo, estoy atormentado por una curiosidad, que usted con una palabra puede decir si es inocente ó discreta, y si puede ó no ser satisfecha.

—¡Oh! ¿qué es ello? dijo mirando al joven con aire casi malicioso.

—¿Cuál es el motivo que ha inducido á ustedes á llevar la vida que llevan aquí? Porque para abrazar la doctrina que implica la renuncia á todo interés, es preciso estar muy aburrido del mundo, haber herido á alguien ó haber sido herido.

—Pues qué, hijo mío, ¿no es posible sentirse movido á profunda piedad ante el espectáculo de las miserias que París encierra en sus muros? dijo el anciano dejando ver en sus labios una de esas sonrisas que hacían de su roja boca una de las más afectuosas con que jamás pudiera soñar el genio de un pintor. ¿Necesitó San Vicente de Paul el aguijón de los remordimientos ó de la vanidad herida para dedicarse á los niños abandonados?

—Esto cierra tanto más mi boca, por cuanto que si alguna vez algún alma se ha parecido á la de aquel héroe cristiano, es seguramente la de usted, respondió Godofredo.

A pesar de la dureza que la edad había impreso á la piel de su rostro, casi amarillo y arrugado, el an-



ciano se puso excesivamente encarnado, pues parecía que había provocado aquel elogio, cuando su reconocida modestia hacía creer que ni siquiera había pensado en él. Godofredo sabía perfectamente que los comensales de la señora de la Chanterie no gustaban de adulaciones. No obstante, era tanta la excesiva sencillez del buen Alain, que aquel escrúpulo le causó más rubor del que pudiera causar á una joven la concepción de un mal pensamiento.

—Si estoy aún muy lejos de él en la parte moral, repuso el señor Alain, estoy muy seguro de parecerme á él en lo físico.

Godofredo quiso hablar, pero se lo impidió con un gesto el anciano, cuya nariz tenía, en efecto, la apariencia tuberculosa de la del santo, y cuya cara, parecida á la de un viejo vendimiador, era el verdadero retrato del rostro del fundador de los niños abandonados.

—Respecto á mí, no va usted equivocado, dijo, continuando: Mi vocación fué determinada por un sentimiento de arrepentimiento, originado de una aventura.

—¡Usted! ¡una aventura! exclamó en voz baja Godofredo, á quien estas palabras hicieron olvidar lo que quería responder antes al anciano.

—¡Oh! ¡Dios mío! lo que voy á contarle á usted le parecerá acaso una bagatela, una tontería; pero ante el tribunal de la conciencia, la cosa cambia. Si persiste usted en su deseo de participar de nuestras obras después de haberme escuchado, comprenderá usted que los sentimientos son proporcionales á la fuerza de las almas, y que el hecho que no atormenta á un espíritu fuerte, puede muy bien turbar la conciencia de un débil cristiano.

Después de esta especie de prefacio, sería imposible expresar el grado de curiosidad á que llegó el neófito. ¿Cuál podía ser el crimen de aquel hombre, á quien la señora de la Chanterie llamaba su *cordero*

*pascual*? Aquello era tan interesante como un libro que se titulase *Los crímenes de un carnero*. ¿Son acaso feroces los carneros con las flores y con las yerbas? Si se diese fe á uno de los más sosegados republicanos de aquel tiempo, resulta que el mejor de los seres es siempre cruel con alguien. ¡Pero el pobro Alain! ¡él que, semejante al tío Tobías de Sterne, no era capaz de aplastar una mosca después de haber sido picado por ella veinte veces! ¡aquella hermosa alma había estado atormentada por el arrepentimiento!

Esta reflexión representa poco más ó menos la pausa que hizo el anciano después de estas palabras: «Escuche usted», y durante las cuales colocó su cojín debajo de los pies de Godofredo para que éste participase de él.

—Tenía entonces poco más de treinta años, empezó diciendo. Si no recuerdo mal, estábamos en el 98, época en que los jóvenes tenían que tener la experiencia de los viejos de sesenta años. Una mañana, un poco antes de almorzar, á las nueve, mi anciana criada me anunció á uno de los pocos amigos que había conservado en medio de las tempestades de la Revolución. Mis primeras palabras fueron para invitarle á almorzar. Mi amigo, que se llamaba Mongenod y que era un muchacho de unos veintiocho años, aceptó, pero con aire azorado; no lo había visto desde 1793.

—¿Mongenod?... exclamó Godofredo, el...

—Si quiere usted saber el fin antes del principio, ¿cómo voy á contarle á usted mi historia? repuso el anciano sonriéndose.

Godofredo hizo un movimiento por el cual prometía guardar un silencio absoluto.

—Cuando Mongenod se sentó, continuó el buen hombre, observé que sus zapatos estaban horriblemente usados. Sus medias habían sido lavadas tantas veces, que costaba trabajo creer si eran de seda. Su pantalón de casimir color de albaricoque estaba tam-